

De subordinado a subalterno: la ambivalencia de la negritud. La construcción de masculinidad hegemónica en varones sindicalistas y obreros de la construcción.

Gandolfi, Fernanda.

Cita:

Gandolfi, Fernanda (2025). *De subordinado a subalterno: la ambivalencia de la negritud. La construcción de masculinidad hegemónica en varones sindicalistas y obreros de la construcción.* *Masculinidades Latinoamericanas*, 1 (2), 7-23.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/fer.gandolfi/6>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pWEX/WKS>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

De subordinado a subalterno: la ambivalencia de la negritud. La construcción de masculinidad hegemónica en varones sindicalistas y obreros de la construcción

Fernanda Gandolfi*

RESUMEN. El presente artículo plantea un análisis de los modos en que funciona la configuración de la masculinidad hegemónica en el universo de varones sindicalistas y obreros de la construcción en la ciudad de Montevideo, Uruguay. A partir de una etnografía realizada con estos varones entre los años 2020 y 2022 estudié la conformación de sus subjetividades políticas desde un abordaje de las masculinidades. Entendiendo que la hegemonía se presenta como un proceso de dominación en el que la configuración de prácticas y símbolos son permeados por caracteres subalternos, analizo cómo los procesos de racialización impregnan de forma ambivalente la constitución de hegemonía en este ámbito particular. Estos varones utilizan a la negritud como un elemento identitario que fluctúa entre la subordinación y gestión del estigma en sus vínculos interpersonales, y la épica subalterna y popular como identidad colectiva del gremio.

Palabras clave: masculinidad, hegemonía, racialización.

ABSTRACT. The present article offers an analysis of the ways in which the configuration of hegemonic masculinity operates within the universe of male trade unionists and construction workers in the city of Montevideo, Uruguay. Based on ethnographic research conducted with these men between 2020 and 2022, I studied the formation of their political subjectivities through an approach to masculinities. Understanding that hegemony presents itself as a process of domination in which the configuration of practices and symbols is permeated by subordinate characteristics, I analyze how racialization processes ambivalently influence the constitution of hegemony in this particular context. These men utilize blackness as an

* Maestranda en Antropología, Universidad de la República, Uruguay.
Correo electrónico
fergandolfi@gmail.com

identity element that fluctuates between subordination and the management of stigma in their interpersonal relationships, and as a subaltern and popular epic as the collective identity of the union.

Keywords: masculinity, hegemony, racialization.

INTRODUCCIÓN

El presente es un trabajo en el que analizo el modo en que se produce hegemonía¹, subalternidad y subordinación² en los procesos de

¹ El concepto de hegemonía que manejo en este trabajo se sustenta en la idea gramsciana del término, que entiende a la dominación como un efecto de significados y valoraciones que se establecen mediante las prácticas sociales. Es decir, es una dominación que no se sustenta en el mero ejercicio de la fuerza, por lo tanto, las prácticas hegemónicas tienen efectos de dominación pero nunca de un modo total o cerrado (Williams, 2000). Esos significados permiten que las clases dominantes ejerzan el poder mediante el establecimiento de grandes consensos que aunque estén suficientemente extendidos, no dejan de ser disputados y resistidos. También suscribo a la conceptualización que hacen John y Jean Comaroff (1992) al señalar que la hegemonía abarca construcciones y prácticas que ya han impregnado el ámbito de una comunidad y que no precisan de una argumentación directa para tener efectos de dominación.

² En sintonía con los planteos de Massimo Modonesi (2010, 2016) entiendo a la subordinación y la subalternidad como conceptos entrelazados que explican el proceso de subjetivación política desde una perspectiva gramsciana. Es decir, la noción de subalterno –como repasa el autor– surge para dar cuenta de la condición subjetiva de la subordinación en el contexto de la hegemonía capitalista (2010, p. 26). La subalternidad implica la construcción de una subjetividad determinada con base en la experiencia de la subordinación, así como la

construcción de masculinidades de varones sindicalistas y obreros de la industria de la construcción. En el marco de una etnografía realizada con estos sujetos, el objetivo fue examinar la construcción de masculinidades en el ámbito de la militancia sindical de trabajadores de la construcción en la ciudad de Montevideo, Uruguay. El propósito fue comprender la producción de subjetividades y performances masculinas de varones adultos a través de sus trayectorias de militancia sindical, partiendo de entender al género y la clase como categorías analíticas indisociables.

Me propuse identificar los modos en que la experiencia de clase y las relaciones de género se configuran de forma entrelazada para la construcción de subjetividades políticas y liderazgos sindicales; a la vez que describir y examinar las relaciones intra-masculinas y cómo éstas se conjugan con los procesos de construcción de la identidad política colectiva y los estilos de militancia.

El universo de estudio estuvo conformado por varones que son obreros de la construcción y militantes sindicales en el Sindicato Único de la Construcción y Anexos (SUNCA)³, además de ser afiliados al Partido Comunista del Uruguay (PCU)⁴. También tienen, por su militancia sin-

posibilidad de su transformación por medio de la conciencia y la acción política.

³ El SUNCA, como su sigla lo indica, es desde 1958 el sindicato único que nuclea a los trabajadores de estas ramas de trabajo.

⁴ El Partido Comunista del Uruguay (PCU), de larga tradición en el país, nace en 1920, momento en el que se divide como fracción del Partido Socialista del Uruguay. Desde 1971 el PCU forma parte del Frente Amplio (FA) como uno de sus miembros fundadores. El FA es la mayor coalición de izquierda y centro-izquierda en

dical, un vínculo estrecho y una participación concreta en el Plenario Intersindical de Trabajadores - Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT)⁵. Son varones adultos que rondan entre los 30 y 55 años aproximadamente y viven en la ciudad de Montevideo.

El trabajo de campo estuvo situado en la ciudad de Montevideo. Comenzó en septiembre de 2019 y se interrumpió en diciembre de 2020, momento en el que quedé embarazada y suspendí toda actividad presencial hasta junio de 2022 cuando volví a participar de algunas movilizaciones y me reencontré con algunxs de mis interlocutores, con quienes sigo en contacto de forma eventual hasta el día de hoy. Desarrollé una estrategia metodológica compuesta de diversas técnicas⁶ tendientes a conocer y estudiar

Uruguay, que nuclea a una variedad de partidos y agrupaciones políticas. El PCU, de inspiración ideológica marxista-leninista, representa según su Estatuto la “vanguardia política e ideológica de la clase obrera” (2007).

⁵ El PIT-CNT es el Plenario Intersindical de Trabajadores - Convención Nacional de Trabajadores, y funciona como la central sindical única del Uruguay.

⁶ La estrategia metodológica que utilicé en esta etnografía implicó una combinación de diversas técnicas. Por un lado, establecí un relacionamiento estrecho con algunxs interlocutores y una aproximación a un círculo de militantes más reducido (14 personas fueron las que entrevisté y/o con quienes mantuve conversaciones y veía frecuentemente, así como vínculos en la red social Facebook). Por otro lado, tuve una participación activa durante algunos meses (mayo, junio y julio de 2020) en una de las principales actividades solidarias que realiza el sindicato, la Brigada Agustín Pedroza. Además realicé observación participante en movilizaciones del SUNCA en el espacio público, así como en concentraciones o plenarios de discusión; y observación y análisis de la construcción de algunas estrategias comunicaciona-

las masculinidades de estos varones tanto en instancias individuales como colectivas. Como parte del trabajo de campo etnográfico, participé activamente durante algunos meses (mayo, junio y julio de 2020) de una de las principales actividades solidarias que realiza el sindicato, la Brigada Agustín Pedroza. Fue una instancia por excelencia en la que compartí la cotidianidad de trabajo en tareas de construcción con varios varones, viajando juntxs en una camioneta que nos trasladaba a los lugares de trabajo y nos traía de retorno, trabajando en las viviendas que debían ser refaccionadas, y almorzando juntxs luego de terminada la actividad.

En línea con el planteo de varixs autorxs (Connell, 2019; Gutmann, 1999; Minello, 2002; Amuchastegui, 2006 y De Stéfano, 2021) entiendo a la masculinidad⁷ como una herramienta analítica y una categoría teórica, que con base en una realidad empírica, nos permite comprender las dinámicas culturales que dan sentido a experiencias en función del género, y los conflic-

les y de propaganda política del sindicato, como comunicados oficiales, apariciones en medios de prensa y de la propia transmisión radial que tiene el gremio.

⁷ Para el análisis utilizaré la noción de masculinidad hegemónica desarrollada por Raweyn Connell (2005). La autora elabora el concepto para referirse a una configuración de las prácticas de género que toma distancia de la noción funcionalista de “rol sexual”. Esta configuración de la práctica se traduce en la acción social, que establece un modelo de masculinidad normativa, que permite sostener las asimetrías entre hombres y mujeres y entre cierto “tipo” de hombres sobre otros. La idea de hegemonía articulada con la de masculinidad es útil para describir las relaciones intra-género, y el modo en que se producen prácticas de subordinación, complicidad y marginación en relación con ese modelo normativo de varón, que sustenta los patrones patriarcales.

tos que se producen en el marco de relaciones atravesadas por el poder. Esto permite, como menciona Minello (2002), establecer interpretaciones que son siempre parciales y están sujetas a contextos socio-históricos específicos, y que deberán seguir siendo interrogadas. La masculinidad entendida como categoría teórica facilita el análisis de la fluidez en las subjetividades de género, y permite entenderla como un proceso social más que como una entidad discernible (Amuchástegui, 2006).

Los trabajos en el marco de los estudios sobre masculinidades en Latinoamérica evidenciaron tempranamente la existencia de imágenes estereotipadas en la literatura sobre varones de esta región, estereotipos que a través del proceso colonizador colocaron el modelo de varón machista con más énfasis en las masculinidades de sectores populares (Gutmann y Viveros Vigoya, 2005). A través de la etnografía, pude constatar que estos modelos no escapan a la idiosincrasia uruguaya, y son significados que circulan actualmente sobre los militantes del SUNCA. Son varones a los que se les adjudica un formato más tradicional o exacerbado de la masculinidad, que los presenta como más fuertes físicamente, con una heterosexualidad compulsiva y un hermetismo emocional.

El carácter aparentemente “invisible” que adquiere la masculinidad en la formación de clase (Morgan, 2005), reproduce la idea del género *sin marca* (Connell, 2019) que a su vez –y paradójicamente– produce simbologías que desde un enfoque de las masculinidades, permiten observarse como signos y prácticas *marcadamente* generizadas. El refuerzo de ciertos patrones masculinos se sustenta fuertemente en las performances públicas y colectivas que realiza el SUNCA, en donde el uso de la ropa de trabajo, las arengas, las banderas, los cánticos y

el modo de habitar el espacio público funcionan como escenificaciones estéticas. Al tiempo que buscan impactar en el espectador, se reafirman y reproducen repertorios identitarios vinculados a una masculinidad obrera y popular.

En este artículo analizo cómo ciertos atributos identitarios considerados subalternos –como la *negritud*– son performados y transformados en el proceso de construcción de hegemonía masculina, una hegemonía específica de este contexto.

DESARROLLO

Siguiendo algunos de los principales planteos de la corriente gramsciana (Williams, 1997; García Canclini, 1984 y Modonesi, 2010, 2016), podemos entender que en su funcionamiento, la hegemonía es siempre permeada por cambios, que mediante el dinamismo socio-histórico, va introduciendo modificaciones en el proceso de formación de aquellos consensos necesarios que sostienen cierto *status quo*. Allí, las condiciones de la subalternidad que permean aspectos hegemónicos, cumplen un rol fundamental en el dinamismo requerido para un funcionamiento eficaz de la hegemonía.

Por su parte, la masculinidad en singular, como la vivencia subjetiva encarnada en cada individuo es un análisis válido para indagar los niveles de opresión y los fuertes costos a los que los varones también están expuestos en sus trayectorias de género. Sin embargo, la perspectiva únicamente subjetiva nos deja atrapadxs si no comprendemos que el discurso de los actores sociales se inscribe en lógicas mayores y preexistentes a los sujetos (Viveros Vigoya, 2021). Por lo tanto, el concepto en plural no debería sustentarse en dar cuenta de esa multiplicidad de subjetividades, sino en la lógica interna que mantiene a la masculinidad como un dispositivo de poder

que produce asimetrías en relación con ideales hegemónicos (Careaga y Cruz Sierra, 2006).

Cuando Raewyn Connell (2019) desarrolla la idea de masculinidad hegemónica, advierte sobre la necesidad de mantener un análisis dinámico que logre prevenir que el reconocimiento de esa multiplicidad se transforme en una tipología de personalidades masculinas. Lo que la autora afirma es la importancia de centrarse en las relaciones de género entre los hombres. Es estableciendo la idea de intersección de la masculinidad con otras categorías como la raza, la clase, la orientación sexual, que Connell (2019) señala otros tipos de masculinidad que pueden reconocerse. Pero ese reconocimiento implica describir la dinámica de relaciones y cómo se sitúan con respecto a la hegemonía. No es describiendo “una masculinidad negra o una masculinidad obrera” (p. 111) que podrán comprenderse las relaciones intra-género, sino a través de examinar las relaciones entre la hegemonía, la subordinación, la complicidad y la marginación.

LOS PATRONES HEGEMÓNICOS DE LA MASCULINIDAD EN LA DIRIGENCIA SINDICAL: ALGUNOS HALLAZGOS

En el universo de mis interlocutores, el proceso de construcción de hegemonía toma necesariamente atributos vinculados a la propia subordinación de clase, invirtiendo algunos signos de la dominación, pero también reproduciendo procesos de racialización.

La narración de la identidad de un gremio implica recuperar no sólo la experiencia grupal, sino cómo ésta aparece materializada en aspectos como su sede, sus banderas, sus fotografías de jornadas épicas, y que rescatan tanto los triunfos como los fracasos y las polémicas internas (Demasi, 2016). Uno de los principales ha-

llazgos de esta investigación tiene que ver con la constatación de acciones, símbolos y procesos políticos que producen una permanente reinstalación de la masculinidad asociada a la fortaleza y el combate (Gandolfi, 2022). Estos símbolos varían considerablemente si se dan en un marco colectivo a si lo hacen en términos individuales. Un repaso por los abordajes historiográficos del movimiento sindical uruguayo y específicamente del SUNCA, me permitió observar los énfasis de género que hace el SUNCA en la construcción de memoria, y los aspectos que deciden destacarse de ciertos acontecimientos socio-históricos. La confección de un espíritu combativo aparece tempranamente en las referencias históricas del sindicato y es una alusión a través de la cual los militantes construyen identidad en el presente. La vivencia de organización, movilización y reflexión colectiva va dando lugar a la clase como experiencia esencialmente formativa siguiendo los planteos de Thompson (2012). El refuerzo de ciertos patrones masculinos se sustenta fuertemente en las performances públicas y colectivas que realiza el SUNCA, en donde el uso de la ropa de trabajo, las arengas, las banderas, los cánticos y el modo de habitar el espacio público funcionan como escenificaciones estéticas. Al tiempo que buscan impactar en el espectador, se reafirman y reproducen repertorios identitarios vinculados a una masculinidad obrera y popular.

En línea con lo descrito por Isabella Cosse (2019) sobre la virilidad guerrillera en la Argentina de los 70, las promociones vinculadas a la seguridad y las tareas riesgosas, nutren la autoestima de estos varones. Muchos militantes del SUNCA enaltecen la tradición de izquierda al tiempo que son enaltecidos por ella. Independientemente de no estar en un marco de guerrilla, la virilidad asociada a tareas específicas de la

militancia produce en estos varones narraciones que encierran una épica guerrillera, sobre todo cuando postean en redes sociales imágenes de sí mismos vinculadas al SUNCA. A su vez, muestra el lugar destacado que tiene la masculinidad en la estructuración del movimiento sindical.

En un repaso por la historia de la formación del SUNCA, Rodríguez y Visconti (2008) destacan que el gremio procuró la formación de sus militantes y dirigentes a través de cursos en la Escuela de Formación Sindical con el apoyo del Instituto Cuesta-Duarte⁸ del PIT-CNT. La adquisición de aptitudes intelectuales y el acceso a la educación se constituye como un elemento que mis interlocutores enaltecían y admiraban. Fueron varios los interlocutores que me mencionaron su valoración hacia continuar los estudios o que sus hijxs lo hicieran. Sebastián, uno de ellos, estaba muy contento porque ese año retomaría el liceo para poder terminarlo a sus 43 años. También otro de ellos, Jorge, me contó que estaba feliz porque su hija entraría a la universidad para estudiar arquitectura y le enorgullecía que en un futuro trabajara vinculada a la construcción pero desde esa profesión. Rodrigo también destacaba la importancia de que “los *gurises*⁹ tengan la oportunidad de entrar a la universidad” mientras me contaba con orgullo, camino a una brigada, que integrantes de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) habían trabajado también en

⁸ El Instituto Cuesta-Duarte es una asociación civil que surge en 1989 por iniciativa del PIT-CNT para dar apoyo técnico, profesional y de formación a los trabajadores organizados, con el propósito de elevar su desempeño en el marco de la representación política y los ámbitos de negociación. <https://www.cuestaduarte.org.uy/quienes-somos/sobre-el-instituto>

⁹ El término *gurises* en uruguay refiere a jóvenes.

la brigada Agustín Pedroza. Estos deseos entran a menudo en contraste directo con una realidad cotidiana narrada también por ellos, como menciona Sebastián:

Y si, fijate, nosotros empezamos a llevar a mujeres a las asambleas. Y nunca nadie se desubicó que yo sepa, alguno podrá haber dicho algo, pero... Incluso hemos llevado en los últimos años compañeros de otros gremios a hacer asambleas. Y claro han ido compañeras muy bonitas ponele, y nadie se desubicaba. No quiere decir que ‘ah ahora ta’. Porque hay muchos de la construcción que... En la construcción tenemos una condición que hay mucho, *como decimo nosotros, de clase*. Porque no precisás tener mucho estudio, es ganas de trabajar y aprender el oficio. Entonces entra cualquiera a veces, el que tuvo problemas con la justicia, estuvo en cana, tiene chance de entrar a la construcción. Entonces eso te genera de que a veces tenés alguno que ¡ay mama! Tenés que tenerlo (Fragmento de entrevista a Sebastián, junio 2020).

Sebastián asocia de esta forma, la baja instrucción y la condición de clase, con un “desubique” vinculado a actitudes machistas, a decirles algún comentario a las mujeres por su belleza.

Por su parte, la formación y capacitación específicamente sindical si bien es un elemento muy valorado entre los varones y mujeres con quienes llevé a cabo mi etnografía, no parece ser una actividad a la que cualquiera pueda acceder. En una de las brigadas a las que concurrí, íbamos viajando en la camioneta cuatro compañeros y yo mientras nos dirigíamos a las obras en las que trabajaríamos esa mañana. Sebastián y Víctor iban conversando sobre un curso de formación sindical que habría en el PIT-CNT, y

entonces Ulises un compañero migrante, ciudadano peruano, les preguntó si se podía participar de ese curso. Ambos, mientras se reían un poco de su pregunta, le respondían que primero había que ver cuándo iba a ser el próximo curso y que además era sólo para delegados. Luego Víctor agregó algo sobre que él era peruano y no se sabía si podría hacerlo, mientras reía de manera cómplice con Sebastián. Cuando Víctor mencionó esto último, Ulises se enojó bastante y comenzó a decirles que eso era discriminación: “¡no me discrimines!” le exclamó a Víctor. Ante la reacción de Ulises, ambos bajaron la guardia y comenzaron a hacerle chistes a Ulises diciéndole: “no te enojes Perú, no te enojés”. Hasta que finalmente Sebastián le dijo: “quiero ver si yo voy a Perú y me dan laburo así como nosotros a vos acá”. De esta forma, la frase de Sebastián sellaba una actitud que no era sólo de él, y que ilustraba la tendencia de entender a Uruguay como un país de “puertas abiertas”, que como señala Pilar Uriarte Bálsamo (2020) parecería constituirse como una excepción regional a ese frente conservador y regresivo en términos de tolerancia, modernidad y civismo hacia la inmigración.

La caracterización de Uruguay como una nación de crisol blanco conformada por la inmigración europea se constituyó como una formación discursiva que propició una ideología de blanqueamiento en nuestro país. Durante el siglo XIX y XX, a través de distintos mecanismos de disciplinamiento e invisibilización de los componentes étnicos y raciales no blancos, los grupos dominantes fueron impulsando criterios de modernización y progreso, fomentando el relato nacional de “pueblo trasplantado” (Ribeiro, 1969). Si bien esta narrativa comienza a perder fuerza hacia fines del siglo XX (Taks, 2006), es indudable la persistencia de mecanismos de

racialización, que como señala Briones (2002) obturan la posibilidad de difuminar las fronteras sociales, y persisten en marcar una racialidad por contraste. Incluso cuando dicho contraste no aluda explícitamente a marcas fenotípicas, sino más bien comportamentales.

En varias oportunidades surgió el vocablo “negros”¹⁰ en conversaciones con mis interlocutores, un término que aparecía con dos sentidos distintos según la referencia hecha, y que producían una ambivalencia en relación con las experiencias de subordinación y subalternidad. Algunas veces, figuraba como autodenominación –siempre colectiva– que resaltaba aspectos subalternos de lucha y de subordinación de clase, pero que referenciaba un parafraseo de cómo son vistos por otros. Jorge estaba muy enojado cuando en abril de 2020, en plena pandemia del coronavirus y un extendido confinamiento, la industria de la construcción retomó las actividades tras una licencia especial otorgada debido a la pandemia. Varias empresas dieron la orden de volver a trabajar “así nomás sin ningún protocolo”. En una de nuestras conversaciones por WhatsApp en la que estábamos coordinando para ir a la brigada el sábado, Jorge me anunciaba que llevaría el mate¹¹ y que me convida-

¹⁰ Vale aclarar que en Uruguay la población afrodescendiente es la minoría étnico-racial de mayor presencia numérica representada en un 8.1% de la población total del país, según datos del censo nacional de 2011 (Cabella, Nathan y Tenenbaum, 2013). Las mismas autoras señalan que aunque es una población con fuerte impronta en la identidad nacional, numerosos estudios desde la década de los ochenta muestran la situación desfavorable que viven las personas afrodescendientes en nuestro país.

¹¹ El mate es una infusión a base de hojas de yerba mate que se consume de forma típica en Uruguay y es usualmente compartido.

ría (acto que desafiaba las recomendaciones y protocolos de salud para frenar los contagios del virus). Pero a Jorge no le interesaba porque su exposición ya era costumbre, y me decía:

Nos vemos mañana, llevo el mate. ¡Viste cómo es! ¡SUNCA, SUNCA! El SUNCA comparte todo, ¡nada de nada! La prueba de fuego fue que fuimos los primeros en mandar a trabajar. Si a los *negritos* no les pasa nada, seguimos ‘*nosotros*. Los conejillos de indias salieron primero y después a especular, si no les pasaba nada a los conejitos rojos estos, ahí salimo’ *nosotros* después. Pero ta, tranquilos nosotros (Conversación por WhatsApp con Jorge, abril de 2020).

Ese *nosotros* que resalté en cursiva parafraseaba a los empresarios y al gobierno, como un grupo que se antagoniza a ellos: “los conejitos rojos”. El hecho de que siempre estén portando las camisetas rojas de la brigada, o en su defecto el rojo comunista hace que Jorge eligiera esa autodenominación, además de la de “negritos”.

Otras veces, la denominación “negros” figuraba como una designación a otro, pero que operaba como una distinción interna en el ámbito de la militancia. Aludía a los varones menos instruidos, con menor capital cultural, nula formación política y sin una adquisición suficiente de conciencia de clase. En otra oportunidad, Sebastián me contó una serie de dinámicas que se habían desarrollado en la esfera interna del sindicato, en las que él consideraba que se había trabajado de forma premeditada en su contra, para dañar su prestigio y quitarlo de la posición política que él ocupaba en ese momento. Cuando le pregunté quién había salido beneficiado, quedándose con su rol, me contestó:

S. —Quedó con el Víctor, pero ta... el Víctor...

F. —¿Qué?

S. —Y el Víctor es un *negro*, ¿entendés? Y lo pusieron ahí hace un par de años pa matarme a mí.

F. —Ah ¿sí?

S. —Claro, ¡eso lo sé! El Víctor lo que pasa que conmigo hicimos migas porque los dos somos laburadores, metimos pa delante. Y el loco en algunas es honesto, pero sé que últimamente como la cosa se puso fea y estábamos pensando distinto, el loco jugó en mi contra en muchas cosas. Y me decía una cosa a mí y yo también sé que decía otra cosa por atrás (Fragmento de entrevista a Sebastián, agosto de 2020).

Según su interpretación, Víctor no habría adquirido ese rol por sí mismo, sino que fue parte de una estrategia mayor de un enemigo “pesado” de Sebastián dentro del sindicato. Víctor no llegó a ese rol por tener un gran carisma o una vasta formación política, sino porque tuvo la astucia de dar información precisa que podía hundir políticamente a Sebastián. Lo interesante es la frontera que el término “negro” traza en relación con aptitudes intelectuales, deshonorosas, y a capacidades suficientes para el liderazgo, independientemente de que también implique que sea un “laburante”.

Pareciera haber, en los términos nativos, una subsunción de la raza a la clase, pero lo cierto es que la alusión al término “negros” también se vincula a lo que señala Alejandro Frigerio (2019) para el caso argentino —pero se aplica también a nuestro contexto—. En efecto, muchos de ellos tienen la piel oscura, o en todo caso, sus rasgos no cumplen con el grado de euro-asendencia “adecuado”. Según el antropólogo, lo

deficitario no serían únicamente las credenciales sociales y culturales, sino también las cualidades fenotípicas.

Esta última acepción del término –que alude a la baja instrucción política e intelectual– encuentra sus paradojas en el caso del dirigente Agustín Pedroza, una figura histórica del sindicato, que le da nombre a las brigadas solidarias realizadas por el gremio. Agustín Pedroza es para el SUNCA una figura emblema, y su nombre representa una tarea de militancia simbólica y orgullo para el sindicato. Pedroza o “el Negro Agustín”, como lo describe Óscar Andrade¹², fue un histórico dirigente sindical desde la década de 1940 y fundador del SUNCA. En una entrevista realizada en 2016 a Andrade, en ese momento secretario general del SUNCA, describe a Agustín Pedroza como el “primer presidente del sindicato negro”. “Perseguido, negro, comunista” como menciona Andrade, Agustín Pedroza estuvo al frente de brigadas solidarias importantes que contribuyeron a remodelar viviendas y establecimientos arruinados por debacles climatológicas.

En 2012 las brigadas se reinaugararon y fueron bautizadas en su nombre como un homenaje. Este homenaje, además de llevar su nombre implica, para Andrade, una disputa de sentidos en términos de insignia. Andrade se refiere a que en un momento como el actual en nuestra sociedad:

¹² Óscar Andrade es un político y sindicalista uruguayo. Es miembro del PCU y actual senador de la república por el Frente Amplio. Además fue secretario general del SUNCA durante varios años y es hasta hoy una figura líder dentro del sindicato. Todxs mis interlocutores lo conocían personalmente, han militado con él y representa para ellos alguien de suma importancia, más allá de que puedan tener algunos matices de índole político.

(...) donde llevar el símbolo de Nike es lo que te da identidad, miles de obreros de la construcción andan con la insignia del negro Agustín Pedroza [...] Es un emblema de lo que representa el movimiento sindical uruguayo. Fue de los dirigentes sindicales más importantes de nuestra historia y murió pobre en una tapera [...] Los gigantes que tenemos atrás nos enseñaron eso (Andrade, 2016).

Con motivo del aniversario 117 del nacimiento de Agustín Pedroza, en la página oficial de Facebook del sindicato se publicó en 2021 esta foto que varios de mis interlocutores también publicaban en sus estados de WhatsApp y redes sociales. “Negro, pobre y comunista” son asignaciones que lo transforman en un héroe de referencia popular.

Los procesos de racialización aparecieron en mi trabajo de campo como una categoriza-

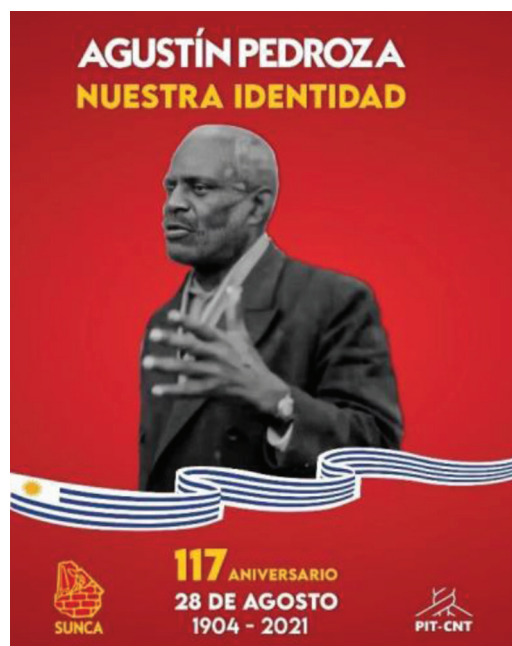


Figura 1. Placa en conmemoración del aniversario del nacimiento de Agustín Pedroza. Fuente: tomada de la página oficial de Facebook del SUNCA.

ción emergente, que en el transcurso etnográfico tomó relevancia analítica. Estos varones le daban un significado ambivalente al término, que pendulaba entre la formación de clase y la alteridad de clase, y que se constituía como un aspecto clave en la conformación de las masculinidades de este contexto.

EL PASAJE A LA SUBALTERNIDAD EN EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN POLÍTICA: LA REIVINDICACIÓN DE “LOS NEGROS”

La negritud adquiere dos acepciones morales distintas en este universo, entre personas que en su mayoría no reivindican tal condición desde el punto de vista de la identidad étnico-racial. En el primer caso, es enunciado bajo una interpretación de cómo los denominan “los otros”, unos otros que no son “ellos”, y por eso casi siempre es planteado en plural. Esos otros no son trabajadores de la construcción y tampoco representan a la clase trabajadora. Son un afuera que no sólo es distinto, sino que es antagónico. Sebastián me contaba una anécdota de cuando hubo un conflicto en la empresa donde trabaja:

Una vez la empresa donde trabajo despedió a 40 compañeros. Entonces los compañeros que estaban todos afiliados al sindicato, les hicimos el despido por el sindicato, lo hicimos nosotros los números, y el SUNCA le pagaba a un abogado que lo pagan todos los afiliados. Y ta hicimos los números, y la contadora de la empresa hizo números y había una diferencia de 100 palos¹³ en algunos despidos, 100, 150, ¡los menos eran de 60! Y ella se puso dura con que no, noooo, que “yo saqué bien los números”. Y ta, fuimos a la discusión, y teníamos razón nosotros. Y ella

decía: “¡¡¡que yo estudié no sé cuánto tiempo!!! Y ustedes vienen, los negros vienen a discutirme”. Y entonces el viejo, el dueño de la empresa le dijo: “cállese la boca y páguele los despidos que dicen ellos como son”. Claro, nosotros aprendimos en los cursos que hicimos y todas esas cosas, sobre los despidos (Fragmento de entrevista a Sebastián, junio 2020).

Este sentido que se le da al término *negro* es puesto sobre ellos desde un exterior, pero que a su vez es enunciado por ellos porque saben cómo son vistos por ciertos sectores: los grupos dominantes, lxs empresarios, las clases altas, lxs políticos que defienden los intereses empresariales y ciertas elites intelectuales. Ese antagonismo que delinea ese afuera que los define como *negros*, les proporciona a su vez su identidad de lucha, de subjetivación política. Como lo señala Massimo Modonesi (2010), el sentido agencial y subjetivo del concepto de antagonismo –sintetizado principalmente por Antonio Negri– implica la interiorización de la experiencia del conflicto, la lucha y la insubordinación. Según argumenta el autor (2016) el concepto de antagonismo permite identificar el proceso de conformación mediante el cual la subjetividad política incorpora el conflicto como una disposición a *actuar como* clase. En el mismo sentido, desde una teoría marxista de la acción política, Modonesi (2010, 2016) detalla a la subalternidad como concepto complementario al de antagonismo y autonomía. Se destaca, retomando la noción de experiencia de Thompson (2012), que la subalternidad es –a partir de las reflexiones sobre la hegemonía de Antonio Gramsci– el proceso de subjetivación política bajo el que se sintetiza la experiencia de la subordinación (Modonesi, 2010). Lo mismo dirá Kate Crehan

¹³ 100 palos serían 100,000 pesos uruguayos.

(2004) sobre el carácter esencial que tiene la cultura subalterna para Gramsci, y es el hecho de estar “históricamente a la defensiva”, dando así centralidad a la reflexión de los sujetos como capacidad y posibilidad transformadora. De esta forma, se antagoniza con los grupos dominantes a partir de la experiencia del conflicto y la lucha. Cuando Sebastián cuenta que “fueron a la discusión” en el contexto de un conflicto, se los acusa de “negros” para delimitar el hecho de que no estudiaron y de que no pueden haber sacado bien las cuentas sobre cuánto salario se les debía por haberlos despedido. La subordinación, y hasta el desprecio, en un contexto de dominación y hegemonía capitalista pareciera obvia. Lo que no es tan obvio es el mecanismo a partir del cual, en sus procesos de subjetivación política, el término negro, también es convertido por ellos para gestionar distinciones internas.

Es imposible obviar el aspecto clave que ocupa lo físico y corporal en la construcción del discurso sobre la raza, que refuerza aún más esa escala de subordinación en donde lo afro es asociado al trabajo forzado. Indagando sobre imaginarios y estereotipos racistas con hombres quibdoseños, Mara Viveros Vigoya (2002) da cuenta de cómo algunos atributos asociados a la raza son convertidos en elementos positivos –siempre los vinculados a habilidades corporales, como las rítmicas, sexuales o deportivas– invirtiendo así los papeles de la dominación. La autora señala que quienes son dominadx sexualmente (mujeres y homosexuales) así como racialmente (lxs no-blancos), están identificados con la naturaleza, y en contraposición a la cultura. Por lo cual, se los describe como faltos de iniciativa, capacidad intelectual y voluntad, así como con un exceso de emotividad, irracionalidad y sexualidad. “En este sentido, tanto lo negro como lo femenino desafían el entendimiento

racional y significan una falta” (Brancato, 2000 en Viveros Vigoya, 2002, p. 280).

La figura de Agustín Pedroza es una imagen de orgullo y acción política, incluso cuando las referencias a la *negritud* puedan ser usadas –a nivel interpersonal– en favor propio para marcar oposiciones con otros que están en condiciones de mayor subordinación. Estas formas de distinciones y oposiciones dentro de su universo de referencias, son utilizadas por ellos en clave de repertorios morales (Noel, 2013) influidos por jerarquías de clase, género y raza, que tal como argumenta el autor:

(...) contribuyen con frecuencia a la reconfiguración activa de uno o más repertorios –esto es, de asociaciones socialmente disponibles de recursos– modificando viejas asociaciones, agrupando, reinterpretando, trasladando o removiendo recursos en asociaciones nuevas, a la vez que desarrollando, transformando, imitando, aprobando o censurando formas socialmente disponibles de movilizarlos y combinarlos (2013, p. 18).

La *negritud* fluctúa de forma ambivalente entre un modo de gestión del estigma de la subordinación a partir de prácticas de distinción, y un significante que les provee la *aceptación/incorporación* y el *rechazo/autonomización* de las relaciones de dominación (Modonesi, 2010). Este doble movimiento que describe el autor tiene que ver con los momentos que conforman el pasaje de la subordinación a la subalternidad. Es decir, un primer momento de aceptación relativa de la dominación debido a la hegemonía, y un segundo momento de rechazo, también relativo, por medio de la resistencia. En este pasaje, la *negritud* forma parte de una remoción de recursos bajo nuevas asociaciones tendientes a

la acción política, que a su vez se desdoblan en las asignaciones de racialización a nivel interpersonal.

Viveros Vigoya (2002) describe con claridad que el carácter primitivo de la negritud conlleva una ambivalencia que está contenida por: lo subdesarrollado e inferior en términos morales y capacidades racionales; y lo poderoso y hábil en términos de destrezas corporales y fortaleza. Sin embargo, esto se enmarca en una estructura que le da valor a las destrezas “mentales” y a las capacidades “morales” más asociadas a la generación de riqueza económica y simbólica, en detrimento del cuerpo y lo carnal como territorios del pecado. Por lo tanto, la transformación de los atributos vinculados a la *negritud* en aspectos positivos, contiene en simultáneo para los varones del SUNCA, un modo de resistencia a partir de una épica subalterna, una reelaboración de concepciones racistas, y una forma de complicidad con el modelo hegemónico de la masculinidad (Viveros Vigoya, 2002).

Estos varones, en su mayoría “blancos”, pero no lo suficientemente “blancos”, utilizan lo negro como plataforma para aludir a su subalternidad. Una subalternidad que se caracteriza por el uso de la fuerza corporal para obtener su salario, y por el aguante y el fervor para sostener los conflictos que los antagonizan con los grupos dominantes. A su vez esa negritud los aleja de lo necesario para convertirse en líderes sindicales cautivantes: credenciales intelectuales, racionalidad, inteligencia, superioridad moral y formación política.

Las formas que toma la masculinidad hegemónica en este contexto convive con, y se alimenta de, la hegemonía masculina que caracteriza el ámbito sindical. En esa configuración de hegemonía, el funcionamiento del dispositivo de la masculinidad se establece a través de

constantes jerarquizaciones y contrastes entre los diferentes estilos de militancia sindical, que a su vez se nutren de las oposiciones y confluencias simbólicas vinculadas a la corporalidad y al capital intelectual.

Algunos planteos hechos por García Canclini (1984) señalan que parte de la efectividad de la hegemonía tiene que ver con la admisión de espacios en donde lo subalterno también puede desarrollarse, y no siempre de modo “funcional” a la reproducción de esa hegemonía. Propone entender a la hegemonía y la subalternidad por fuera de una hipótesis maniqueísta que polariza mecanismos omnipotentes de dominación de un lado, y exaltación de una política de la resistencia del otro. Más bien debe analizarse esta relación como atravesada por los vínculos contradictorios y ambivalentes que experimentan los sujetos. En ese sentido, puede observarse que las disputas sindicales internas, así como una multiplicidad de factores interpersonales entre algunos militantes, intervienen en el proceso de subjetivación política de estos varones.

A su vez, lo señalado por García Canclini (1984) sobre el rol de la subalternidad en la eficacia de la hegemonía, encuentra una articulación interesante con los planteos de las masculinidades híbridas hechos por Demetris Demetriou (2001). Una de las críticas más contundentes realizadas al concepto de masculinidad hegemónica fueron precisamente las de Demetriou (2001) al señalar que Connell tenía una visión más elitista del proceso de impregnación de los elementos subalternos. Lo que Demetriou (2001) señalará es que en los “Cuadernos de la cárcel”, Gramsci entiende que una clase es dominante de dos maneras: siendo líder o dirigente de sus clases aliadas, y dominando a sus clases enemigas. Por lo cual, el liderazgo correspondería a la hegemonía interna, y la

dominación a la hegemonía externa; siendo el liderazgo una condición previa y un medio a través del cual se consigue la dominación, pero no un fin en sí mismo¹⁴. De esa forma, el autor invierte el sentido de aquella idea bastante extendida que plantea que las mujeres son una herramienta a través de la cual los varones afirman su masculinidad frente a otros hombres, señalando que es a partir del liderazgo a otros hombres que se domina a las mujeres. Además dirá que, allí donde Gramsci veía liderazgo y dominación, Connell extrapolaba hegemonía sobre masculinidades subordinadas, y dominación sobre las mujeres. Por eso afirmará que, en su comprensión del funcionamiento de la hegemonía interna, Connell tendrá una concepción más elitista del proceso. Es decir, mientras que para Gramsci es un proceso esencialmente dialéctico que implica interacción mutua entre clase dirigente y grupos dirigidos, Connell entiende que las masculinidades subordinadas y marginadas no tienen ningún efecto en la construcción del modelo hegemónico: “Las masculinidades no hegemónicas aparecen sólo como alternativas posibles, como fuerzas contrahegemónicas que existen ‘en tensión con’ el modelo hegemónico pero nunca lo penetran” (Demetriou, 2001, p. 347).

En la narrativa histórica realizada por Connell, las masculinidades no hegemónicas estarían ausentes del proceso formativo de la masculinidad hegemónica, lo que hace que apa-

¹⁴ Desde que comienza a introducir el término hegemonía, Gramsci oscila constantemente entre un sentido más restringido (que se correspondería con el de “dirección”) y un sentido más amplio (que abarcaría tanto “dirección” como “dominio”). Por lo tanto, una clase es hegemónica siendo dirigente de sus clases aliadas, y dominante de sus clases adversas (Cospito, 2023).

rezca como una totalidad cerrada y unificada que no incorpora alteridad alguna. Esto la ilustra siempre como esencialmente blanca, occidental, racional, individualista, violenta, heterosexual. A partir de allí, y utilizando la noción de hibridación de Homi Bhabha (1988, en Demetriou, 2001), el autor propondrá la noción de *masculinidades híbridas* para señalar que la configuración de la práctica que garantiza la reproducción del patriarcado implica precisamente una naturaleza diversificada. Es decir, el bloque hegemónico se caracteriza más por la negociación que por la negación de los elementos subalternos, a través de procesos de articulación y apropiación de elementos diferentes, e incluso opuestos. La crítica de Demetriou resulta interesante para nuestro caso, en donde el proceso de la masculinidad hegemónica se configura como una dialéctica de apropiación/marginación de elementos subalternos. La negritud en ese sentido llegó a permear el modelo hegemónico al tiempo que lo racial es también marginado.

Las referencias a la brutalidad, al escaso refinamiento intelectual y la poca capacidad de análisis político definen, como se ha visto, al negro así como también a quien es pesero según Sebastián:

S. —Y capaz que nosotros [en el SUNCA] somos *muy chocantes* porque estamos acostumbrados a hablar con la gente de la obra. Que en la obra tenés de todo, tenés, hay gente muy inteligente que entiende todo, hay gente que no entiende nada. Hay gente que es pesera, hay gente re compañera...

F. —¿Qué es pesera?

S. —Y que le importa ganar y no te quiere parar y... No carnerea casi nadie en la construcción porque estamos muy bien organizados, pero si lo dejás a libre albedrío, unos

cuantos van a trabajar ¿entendés? Y ta es muy fácil en la construcción decir vamo a parar por tal cosa, pero después es el aguante la cosa. Hemos ganado muchos conflictos, pero en el aguante, siempre hay alguno que... Y eso te lleva mucho roce ¿viste? Yo he tenido un montón de anécdotas de lio, yo que sé. Incluso donde yo trabajo, de irnos casi a las mano, de irnos a las mano (Fragmento de entrevista con Sebastián, junio 2020).

Dentro de las adjetivaciones que utiliza Sebastián el pesero es justamente quien no es un compañero. Es aquel que, entendiendo el conflicto sindical o no, prefiere no tomar la medida del paro porque no quiere perder el jornal de trabajo. El aguante (Alabarces y Garriga Zucal, 2008) necesario para sostener las medidas de conflictividad no siempre se da de forma espontánea, sino a fuerza de convencimientos y liderazgos con capacidad de convocatoria, pero también de persuasiones e imposiciones que pueden interpretarse como aquello que Sebastián enuncia como *ser chocantes*. Estar muy bien organizados como él menciona implica justamente no dejar la decisión de realizar el paro a libre albedrío, lo cual conlleva conflictos interpersonales que incluso derivan en situaciones de violencia física.

La masculinidad hegemónica no es entonces un “cierto tipo” de masculinidad, sino un modo en que los hombres se posicionan a sí mismos mediante prácticas discursivas convenientes. La complicidad con dichas prácticas configura un vínculo con la hegemonía, independientemente de que las mismas sean reproducidas, ya que el beneficio reside en obtener ventaja con base en distintas subordinaciones, tanto de otras masculinidades como de la subordinación femenina. En ese sentido, la hegemonía en el universo de

estos varones se constituye a partir de una hibridación que, como señalaría Demetriou (2001), entabla una negociación con caracteres subalternos –representados aquí la negritud– más que por una negación de los mismos.

CONCLUSIONES

En este artículo me propuse evidenciar las dinámicas de la configuración de la masculinidad hegemónica en tanto dispositivo que pauta el relacionamiento entre estos varones sindicalistas y trabajadores de la construcción. La masculinidad en tanto dispositivo de poder produce subjetividades masculinas tomando pautas específicas de este ámbito particular así como de la trama social más amplia.

Las elaboraciones simbólicas y las performances públicas protagonizadas por este colectivo de trabajadores son modos de construir identidad que desarrollan una producción de significados estrechamente vinculada al género. El espíritu combativo ligado al género masculino forma parte de los inicios de las luchas de los trabajadores, en donde la épica y la subalternidad se fusionan para la confección de la clase obrera.

En ese sentido, la reivindicación de militantes históricos del sindicato encuentra sus paradojas en la figura de Agustín Pedroza. Por un lado, la *negritud* es reivindicada a partir de su figura, no de modo fenotípico sino como alusión popular y obrera. Al mismo tiempo, el término *negros* como asignación colectiva es un enunciado reivindicativo cuando es colocado de forma externa por quienes antagonizan con ellos, los grupos dominantes. Aquí, toma relevancia para el análisis la frecuente asociación de la población afro con habilidades vinculadas al cuerpo, en oposición a capacidades intelectuales. Si bien este proceso refuerza la subordinación,

en ocasiones esas cualidades se transmutan en caracteres positivos como forma de revertir la dominación. El enaltecimiento de la figura de Pedroza y la enunciación con orgullo de *los negros* funcionan como una inversión de los términos de dominación. Esta inversión se da como parte de una subjetivación política que funciona a través de la internalización de las experiencias de conflicto y lucha, produciendo la formación de clase. En sintonía con los planteos de Modonesi (2010, 2016), mi interpretación es que las elaboraciones vinculadas a *actuar como clase* son producto de la propia experiencia de subordinación (saberse *los negros*) que queda sintetizada en la de subalternidad (el rechazo de esa dominación y la respectiva adquisición de una autonomía colectiva), como un pasaje que se da a través de prácticas de resistencia.

Sin embargo, las referencias a la *negritud* también son usadas a nivel interpersonal como forma de gestionar oposiciones con otros compañeros que están en condiciones de mayor subordinación. Son sujetos en los que ese pasaje a la subalternidad no se habría dado de forma completa o acabada. La *negritud* fluctúa entre un significante que estigmatiza a aquellos con un capital intelectual y político insuficiente, y uno que provee una identidad colectiva de reivindicación y lucha. Es una referencia simbólica que al tiempo que reproduce procesos de racialización asociando la negritud al trabajo forzado y a credenciales intelectuales insuficientes, realza la subalternidad mediante el sacrificio, el fervor y la épica de lucha.

Como hemos visto, la hegemonía es un proceso de dominación que establece valoraciones y significados favorables a las clases dominantes, sin embargo esas valoraciones y significados son constantemente permeados por otros sentidos, debido al propio dinamismo histórico. Esto

produce que los consensos establecidos para sostener la hegemonía pueden cambiar, y de hecho lo hacen. En ese sentido, la subalternidad cumple un rol fundamental en ese dinamismo requerido para la eficacia hegemónica. Ciertos aspectos de la subordinación en el universo de estos varones permean la hegemonía sindical de este universo, la *negritud* es una de ellas. A través del proceso “apropiación/marginación”, la masculinidad hegemónica se configura incorporando dosis justas de algunas condiciones de subordinación. En este contexto, la configuración de prácticas hegemónicas capta caracteres subordinados (como la negritud) y los incorpora mediante un proceso de hibridación –en diálogo con los planteos de Demetriou (2001)–, que negocia con estos aspectos en lugar de rechazarlos por completo.

Estos procesos, configurados mediante el dispositivo de la masculinidad, van forjando en este ámbito un modelo de varón-líder a partir del cual los sujetos se vinculan y producen alteridades entre sí. Como parte del dispositivo de género, las subjetividades de varones y mujeres se recrean y regulan a través de relaciones de poder. En el caso de las masculinidades, el dispositivo que las regula en este ámbito se va configurando a través de patrones de prácticas propios del universo sindical, en el que las referencias a la épica popular proporcionan legitimidad. De esta forma, la masculinidad es nutrida de aspectos que trascienden al género y que se articulan de formas ingeniosas con otros vectores de dominación, como la clase social y la racialidad.

REFERENCIAS

- Alabarces, P. y Garriga Zucal, J. (2008). El “aguante”: una identidad corporal y popular. *Intersecciones en Antropología*, (9), 275-289.

- Amuchástegui, A. (2006). ¿Masculinidad(es)? los riesgos de una categoría en construcción. En G. Careaga y S. Cruz Sierra (coords.), *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 159-181). México: PUEG-UNAM.
- Andrade, Ó. [de fogón en fogón] (2016). *Negro, comunista y pobre es líder de la solidaridad del Sindicato de la Construcción en Uruguay* [video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=pZsGaCckIzU&feature=emb_logo&fbclid=IwAR1ja8MG-nLareXPUJvBtbXXnb2O9RaTb9qV3LB-JwuopB-y3uOB5zgcx35eU
- Briones, C. (2002). Mestizaje y blanqueamiento como coordenadas de aboriginalidad y Nación en Argentina. *Runa*, XXIII, 61-88. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/runa/article/view/1299/1252>
- Cabella, W., Nathan, M. y Tenenbaum, M. (2013). *Atlas demográfico y de la desigualdad del Uruguay*. Fascículo 2. *La población afro-uruguaya en el censo 2011*. Trilce: Montevideo.
- Careaga, G. y Cruz Sierra, S. (2006). Introducción. En G. Careaga y S. Cruz Sierra (coords.), *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 9-28). México, D. F.: UNAM.
- Connell, R. W. (2019 [2005]). *Masculinidades*. México, Ciudad de México: UNAM.
- Cosse, I. (2019). Masculinidades, clase social y lucha política (Argentina, 1970). *Revista Mexicana de Sociología*, 81(4), 825-854.
- Crehan, K. (2004). *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Bellaterra.
- De Stéfano Barbero, M. (2021). *Masculinidades (im)posibles. Violencia y género, entre el poder y la vulnerabilidad*. Argentina, Buenos Aires: Galerna.
- Demasi, C. (2016). Prólogo. En S. Dominzaín (coord.), *Así se forjó la historia. Acción sindical e identidad de los trabajadores metalúrgicos en Uruguay* (pp. 19-21). Montevideo: Primero de Mayo.
- Demetriou, D. Z. (2001). Connell's Concept of Hegemonic Masculinity: A Critique. *Theory and Society*, 30(3), 337-361.
- Frigerio, A. (2019). Argentina siempre fue afro. Apropiación cultural y blackface. *Revista Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/argentina-siempre-fue-afro/>
- Gandolfi, F. (2022). La épica subalterna de la masculinidad. La performance corporal de varones militantes obreros. *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 7(1), 102-126. http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2393-68862022000100102&lng=es&nrm=iso
- García Canclini, N. (1984). Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular. *Nueva Sociedad*, (71), 69-78.
- Gutmann, M. y Viveros Vigoya, M. (2005). Masculinities in Latin America. En M. Kimmel, J. Hearn, R. W. Connell (eds.), *Handbook of studies on men and masculinities* (pp. 114-128). Sage Publications.
- Gutmann, M. C. (1999). Traficando con hombres. *Horizontes Antropológicos*, (10), 245-286.
- Minello Martini, N. (2002). Los estudios de masculinidad. *Estudios Sociológicos*, XX(3), 715-732.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*. Buenos Aires: CLACSO, Prometeo.
- Modonesi, M. (2016). *El principio antagonista: marxismo y acción política*. Ciudad de México: Itaca.

- Morgan, D. (2005). Class and Masculinity. En M. Kimmel, J. Hearn, y R. W. Connell (eds.), *Handbook of studies on men and masculinities* (pp. 165-177). EUA: Sage Publications.
- Noel, G. (2013). De los códigos a los repertorios: algunos atavismos persistentes acerca de la cultura y una propuesta de reformulación. *Revista RELMECS*, 3(2). https://www.relmecs.fahce.unlp.edu.ar/article/view/relmecs_v03n02a04
- Partido Comunista del Uruguay [PCU] (2007). Estatuto del Partido Comunista de Uruguay. <https://pcu.org.uy/estatutos/>
- Ribeiro, D. (1969). Las Américas y la civilización: Los pueblos trasplantados; Civilización y desarrollo. *Cuadernos Latinoamericanos*, Vol. 3. *Las Américas y la civilización*. Centro Editor de América Latina.
- Rodríguez, U. y Visconti, S. (2008). *Albañiles: esos obreros del andamio*. Uruguay: SUNCA.
- Taks, J. (2006). Migraciones internacionales en Uruguay: de pueblo trasplantado a diáspora vinculada. *Theomai*, (14), 139-156. <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/arttaks.pdf>
- Thompson, E. P. (2012 [1963]). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.
- Utiarte Bálamo, P. (2020). Cada uno puede tener la opinión que quiera. Disputas sobre la definición de una política migratoria en Uruguay. *Runa*, 41(1), 17-36. <https://dx.doi.org/10.34096/runa.v41i1.7992>
- Viveros Vigoya, M. (2002). *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. CES-Universidad Nacional de Colombia, Colombia.
- Viveros Vigoya, M. (2021). Prefacio. En L. Fabbrì (comp.), *La masculinidad incomodada* (pp. 17-23). Rosario: UNR Ed. Homo Sapiens.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.